

novela

Mil soles espléndidos

Khaled Hosseini

autor de *Cometas en el cielo*



 salamandra

BIOGRAFÍA Y COMENTARIO DEL AUTOR



El humo de las Torres Gemelas aún no se había disipado. A medida que las cadenas norteamericanas apuntaban hacia Bin Laden y el régimen talibán como culpables del ataque, Khaled Hosseini (Kabul, 1965) tenía cada vez más claro que debía tirar su novela a la basura. "Llevaba escritos dos tercios cuando ocurrió el 11-S y le dije a mi mujer que no la iba a acabar. Pensaba que nadie querría leer sobre Afganistán y no quería que pensarán que explotaba la coyuntura internacional y la atención que se concentraba en este país", explica en conversación telefónica desde California, con voz tranquila y amable.

"Vivíamos gracias a los servicios sociales. Lo perdimos todo", dice Hosseini sobre su exilio

"Lo que los talibanes hicieron fue convertir la segregación y el maltrato de las mujeres en ley"

Su mujer insistió y convenció a este médico de que siguiera adelante con *Cometas en el cielo* (Salamandra), un fenómeno editorial que lleva más de ocho millones de ejemplares vendidos desde su publicación en 2003. El autor primerizo abandonó los hospitales en favor de las listas internacionales de superventas. Y allí sigue Hosseini instalado. Su segunda novela, *Mil soles espléndidos* (Salamandra), lleva camino de repetir el apabullante éxito de su predecesora tras pasar 27 semanas entre los libros más vendidos en el *ranking* de *The New York Times*, y ha entrado también en las listas españolas poco después de su publicación. Con todo esto, parece razonable que Hosseini hable del papel fundamental que las mujeres han jugado en su vida. A todas las afganas les dedica *Mil soles espléndidos*, una historia de amistad y solidaridad femenina con la trágica historia reciente de Afganistán como telón de fondo.

Mariam y Laila, las protagonistas, representan dos mundos distintos que se ven abocados a unirse. Se apoyan ante una tragedia común: la degradación sistemática y el abuso de las mujeres. "Un tema evidente que es permanentemente ignorado", según Hosseini. Él, sin embargo, estaba dispuesto a entrar a fondo. "Los libros en mi comunidad son combativos, se enfrentan a asuntos difíciles", afirma este autor, el primer afgano que escribe ficción en inglés.

¿Está la cultura llamada a cumplir un papel en los procesos de reconciliación nacional? "Permite tratar temas que definen una sociedad; permite hablar sobre cómo se vive ahora, sobre las divisiones que existen, las tensiones étnicas o la reconstrucción en Afganistán. Mi primera novela generó cierto diálogo en mi país", asegura. Una conversación que no ha estado exenta de críticas. "Los temas que he tratado, como el asunto de los grupos étnicos, han provocado cierta polémica. Es difícil hablar de esto abiertamente, sigue siendo un tabú. Parte de la comunidad considera que esto no se debe comentar, prefieren ignorar estos asuntos y no hablar sobre lo que nos divide".

A pesar de todo, Hosseini contesta tajante que lo que le impulsó a escribir aquella historia fueron los personajes. "No tenía un mensaje", asegura. Vidas y dilemas dice que han sido siempre su punto de partida. Pero con *Mil soles espléndidos* el proceso fue distinto. "Quería hablar sobre las mujeres y dejé que la idea reposara un tiempo".

Hijo de un diplomático afgano, Hosseini marchó a París en 1976. En 1980, cuando tenía 15 años, su familia obtuvo asilo político en Estados Unidos. "Vivíamos gracias a los servicios sociales. Lo perdimos todo. La vida y las necesidades inmediatas se impusieron por encima de Afganistán y lo que allí estaba ocurriendo. Lo que te preocupa a esa edad no es la información política. Intentas hacer amigos. En la escuela secundaria, te hundes o nadas. Emocionalmente, Afganistán no estaba en mi corazón", recuerda. La llegada del régimen talibán en 1996 fue lo que le acercó de nuevo a su país de origen. "Leer lo que estaban haciendo me llenaba de vergüenza, era indignante. Crecí en Kabul en los setenta y allí siempre ha habido religión, pero no de esta manera".

Cometas en el cielo habla del regreso de un exiliado desde Estados Unidos hasta Afganistán para ajustar cuentas con su pasado y su culpa. El escritor, sin embargo, no emprendió el camino de vuelta a Kabul hasta después de la publicación de su primera novela. Confiesa que aquel viaje de 2003 ha impregnado *Mil soles espléndidos*. "Vi a mucha gente. Fueron muy generosos y compartieron sus vivencias conmigo. Me traje un montón de anécdotas". Este año regresó y vio los barrios reconstruidos. "Hay mejoras, pero Kabul es menos segura. La llegada de los terroristas suicidas ha tenido un impacto muy fuerte".



Dice Hosseini que la situación de las mujeres ha mejorado, pero enfatiza que esto afecta prácticamente sólo a quienes viven en Kabul. "Afganistán es un país rural. El 85% de la gente

vive en el campo y aquello está dominado por hombres. Las cosas han sido así durante siglos. Lo que los talibanes hicieron fue convertir el maltrato y la segregación de las mujeres en una ley, pero estas prácticas han existido desde hace siglos", asegura. Para muchas que, como su personaje Mariam, venían del campo, el cambio impuesto por los *muyahidines* "no fue tan grande".

El asesinato de Mir Akbar Jyberen en 1978 y la caída del régimen de Daud Jan; el alzamiento comunista; la guerra contra la invasión soviética; la caída de Nayibulá; el enfrentamiento entre las distintas etnias de uzbekos, tayikos, pastunes y hazaras; la llegada de los *muyahidines* al poder, y la victoria de los talibanes se suceden a lo largo de *Mil soles espléndidos* hasta llegar a la declaración de guerra de George W. Bush. "Hay una carencia de información y de comprensión generales, no sólo en Estados Unidos", afirma Hosseini sobre la historia de su país. "Se tiende a ligar el problema de Oriente Próximo con Afganistán, un notable malentendido que mis libros intentan desmontar".

Hosseini cree en el poder de la ficción. "Las películas, novelas o cuadros cuentan historias con las que la gente puede conectar. Permiten expresar un sentido nuevo del tiempo y del espacio y ofrecer al lector la posibilidad de acceder a un mundo al que de otra manera no tendría acceso", afirma. *Cometas en el cielo* llegó esta semana a los cines de Estados Unidos en una adaptación que llena de orgullo al autor y que podrá verse en España en febrero. "Es un hito cultural: la primera producción de un estudio de Hollywood que parte de una mirada afgana y no estadounidense. Todo el reparto es musulmán y actúan en una historia humana y familiar. No hay precedentes", explica.

Desde hace cuatro años el buzón de Hosseini está repleto de cartas de lectores. Le agradecen haberles acercado a Afganistán. "Sentir que eres el embajador cultural de tu país es un peso demasiado grande para un escritor. Pero si un mensaje importante llega a la gente a través de tu novela, eso es algo estupendo".

UN POCO DE HISTORIA

ESCRIBE WILLIAM REEVE, EX CORRESPONSAL DE LA BBC EN AFGANISTÁN

El depuesto rey de Afganistán, Mohammad Zahir Shah, quien vive actualmente exiliado en Italia, ha sido señalado en los últimos días como el posible líder de un gobierno de transición en su país.

En cierto sentido, su derrocamiento en 1973 fue el comienzo de una cadena de acontecimientos que ha conducido, paso a paso, a la desesperada situación de hoy en día.

Zahir Shah fue depuesto en un golpe de palacio por su primo, Mohammad Daoud, cuando el rey se encontraba en Italia para una operación de sus ojos.

Daoud convirtió a Afganistán en una república, con él mismo como presidente.

El nuevo mandatario basó su poder en el apoyo de sus seguidores de izquierda y aplastó al emergente movimiento islámico.

Pero hacia el final de su mandato, Daoud comenzó a retirar a los izquierdistas de las posiciones de poder y se vio reducida la influencia soviética en Afganistán.

Esto contribuyó a un momento clave en la historia reciente del país, el golpe militar comunista en abril de 1978, conocido como el Saur o la Revolución de Abril.

El presidente Daoud y su familia fueron asesinados y Nur Mohammad Taraki tomó el poder como jefe del primer gobierno marxista de la historia afgana, terminando así con más de 200 años de un casi ininterrumpido reinado de la familia de Zahir Shah y Mohammad Daoud.

Sin embargo, el partido comunista afgano, el Partido Democrático del Pueblo de Afganistán (PDPA), estaba dividido y las peleas comenzaron.

Hafizullah Amin, quien se convirtió en el primer ministro, se oponía a Taraki y en octubre de 1979 el presidente fue secretamente ejecutado. Amin lo reemplazó al frente del país.

Conocido por sus inclinaciones nacionalistas, Amin también era despiadado y fue acusado de asesinar a miles de afganos.

Moscú comenzó a ver al nuevo presidente como una amenaza a la perspectiva de un gobierno comunista amigo en su frontera de Asia Central.

En una rápida sucesión de acontecimientos en diciembre de 1979, Amin fue asesinado y el Ejército Rojo ingresó en Afganistán.

Babrak Karmal voló desde Checoslovaquia, donde ejercía como embajador, para asumir como presidente, un mandatario aceptable para Moscú.

La ocupación soviética, que duró hasta la retirada del Ejército Rojo en 1989, fue un desastre para Afganistán.

El intento de imponer el control por parte de los soviéticos y del gobierno títere costó la vida a cerca de un millón de afganos. Millones más huyeron al exterior.



Grupos de guerreros afganos islámicos -o muyahidines- lucharon con denuedo para lograr la salida de las tropas soviéticas con apoyo encubierto de los Estados Unidos.

Luego de casi diez años, la Unión Soviética retiró finalmente a sus hombres dejando en el poder al presidente Najibullah, quien reemplazó a Karmal como líder del país.

Najibullah se mantuvo en el gobierno por tres años luego de la retirada del Ejército Rojo, pero cayó en 1992 mientras las Naciones Unidas intentaban alcanzar una transferencia pacífica del poder.

Los muyahidines tomaron entonces Kabul y el profesor Burhanuddin Rabbani se convirtió en el presidente de la nueva República Islámica.

Pero la victoria fue rápidamente opacada por luchas internas, provocadas por la falta de acuerdo por parte las diferentes facciones muyahidines para compartir el poder.

Durante la ocupación soviética, fueron las áreas rurales las que más sufrieron la guerra debido a los intentos del Ejército Rojo en esas regiones por aniquilar a los guerrilleros islámicos.

Pero cuando los muyahidines tomaron el poder, les llegó el turno de padecer a las ciudades.

Esto fue especialmente claro en la capital, Kabul, donde casi la mitad de la ciudad fue arrasada. Decenas de miles de personas perdieron la vida y el país se sumergió más y más en un estado de anarquía.



Fue entonces, a fines de 1994, cuando el Talibán emergió desde la sureña ciudad de Kandahar, corazón de la minoría pashto en Afganistán.

Su surgimiento y su éxito inicial estuvieron basados en un llamado a desalojar a los muyahidines del poder.



Al comienzo, el Talibán logró un fácil control de las áreas en donde vivían los pashtos, con muy poca resistencia y varias deserciones muyahidines.

No obstante, cuando intentaron controlar otras partes del país la lucha se intensificó.

Fue en 1996, cuando Kabul cayó en sus manos, que la comunidad internacional reaccionó en contra de las políticas islámicas extremistas del nuevo régimen, en especial en lo referente al papel de la mujer en la sociedad.

Mientras el control del Talibán crecía, Occidente comenzó a presionar también para que el movimiento islámico acabara con las plantaciones de opio. Afganistán había sido la principal fuente del

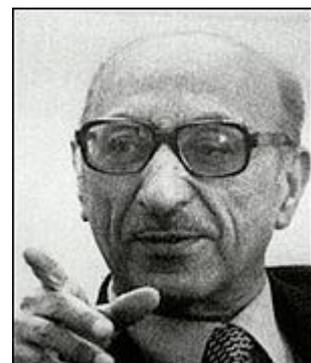
opio que llegaba a Europa.

Y Estados Unidos comenzó a presionar para que el régimen entregara al disidente islámico de origen saudita Osama Bin Laden, a quien los talibanes describían como un "invitado" de Afganistán.

Tras los atentados perpetrados contra las Torres Gemelas en Nueva York y el Pentágono en Washington, Afganistán se vio de pronto en el ojo de la tormenta debido al asilo que brinda a Bin Laden, a su red y sus campos de entrenamiento.

Muchos discuten desde el exterior si la formación de un gobierno de transición sería aceptable para los afganos, que han sufrido muchísimo en las últimas décadas sin derecho a participar en el destino de su país.

El ex monarca, Zahir Shah, depuesto hace 30 años, es la única persona que ha sido sindicada como una posible cabeza de gobierno, en esa etapa de transición.



LA MUJER EN AFGANISTAN

Han pasado casi siete años desde que las tropas occidentales llevaron a la caída del gobierno del Talibán y Afganistán sigue siendo el lugar en el mundo más peligroso para que viva una mujer.

De acuerdo con un informe publicado por la organización no gubernamental británica Womankind, Afganistán tiene uno de los índices más altos en violencia doméstica y mortalidad maternal.

Al mismo tiempo, es uno de los pocos países en el mundo en que las mujeres cometen más suicidios que los hombres.

El motivo por el cual a lo largo de estos años no ha habido un cambio sustancial en la calidad de vida de la mujer afgana se debe, según Womankind, a que tanto las ayudas internacionales como los pequeños cambios en la legislación que permitieron -por ejemplo- el voto femenino o la cuota del 25% de mujeres en la política, no tuvieron éxito en la práctica.

Esto ha traído como resultado que el proceso para incluir a la mujer en la vida política, social y civil ha sido increíblemente lento, sino nulo.

Después de casi siete años, las mujeres siguen inmolándose para escapar de la brutalidad y a niñas de ocho años las siguen casando con ancianos.

Sin embargo, el mayor problema es la violencia. Para ser exactos, estamos hablando de un 80% de mujeres víctimas de la violencia doméstica.

Si seguimos contabilizando en porcentajes, resalta que "el 60% de los matrimonios son obligados y casi el 57% de las niñas son casadas antes de que cumplan los 16 años, a pesar de que esto es ilegal bajo la nueva legislatura. El problema es que la misma no se ha implementado suficientemente".

Existen necesidades extremas de las que se debe encargar pronto el Estado, como la reforma judicial para asegurar que tanto las mujeres como las menores de edad reciban la justicia que se merecen.

La ONG británica advierte que la inseguridad sigue siendo la mayor preocupación de la mujer afgana, pues esto afecta el acceso a la educación y la asistencia sanitaria, así como la participación en la actividad económica y la vida política.

El estudio indica que la mujer de calle corre el riesgo de ser violada por elementos armados, mientras que líderes de la sociedad civil, particularmente en el sur y este del país, pueden ser atacadas y asesinadas por su trabajo.

La situación se torna aún más difícil cuando una mujer denuncia una agresión, pues pueden ser encarceladas, ser víctimas de más abusos esta vez por parte de la policía y ser regresadas a un hogar inseguro para ellas.

Sin embargo no todo es tan oscuro, pues según Womankind, en Kabul se ha mejorado la situación de la mujer gracias al apoyo de las fuerzas aliadas... "aunque todavía queda mucho por hacer".

Para lograr cambios profundos en la sociedad y política afgana, la ONG británica considera que el gobierno debe involucrarse más y destinar más recursos para ello.

Un presupuesto que serviría para construir y mantener refugios para las mujeres, así como crear programas de ayuda para superar los traumas de la violencia, entre muchas otras cosas.





ACTUALIDAD

Los atentados en Bombay amenazan con hacer descarrilar los planes de Barack Obama, presidente electo de Estados Unidos, para encontrar una salida al atolladero de Afganistán. El cálculo de Obama, que el 20 de enero relevará a George W. Bush en la Casa Blanca, era el siguiente: si India y Pakistán, enfrentados desde hace décadas por la región fronteriza de Cachemira, hacen las paces, Pakistán podrá concentrar sus fuerzas no en la frontera con India, sino en derrotar a los islamistas radicales que desestabilizan Afganistán. Sólo de esta forma, con la ayuda plena de Islamabad, pueden Estados Unidos y sus aliados de la OTAN concluir de forma más o menos honorable una guerra que ya dura siete años y no ofrece visos de resolverse. El atentado del miércoles puede desbaratar la estrategia. Y evidencia que los periodos de transición presidenciales como el actual son propicios para que otros actores internacionales aprovechen para marcar la agenda del líder de la primera potencia mundial.